

Mil primaveras para el 15M

✘ Hay algo singular que caracteriza el momento presente: mientras son muchas las personas que han depositado todas sus esperanzas en el resultado de unas elecciones generales que previsiblemente se celebrarán el próximo otoño, asistimos, en paralelo, a una visible desmovilización en el terreno social y laboral. Al amparo de este doble fenómeno, es sencillo apreciar un visible y, a mi entender, inquietante renacimiento del crédito que las instituciones provocan en la cabeza de tantas gentes que hace un par de años parecían convencidas de que sus problemas debían encararse desde abajo, de la mano de movimientos sociales fuertes decididos a plantar cara al poder en sus muy diferentes manifestaciones.

Aun con ello, me parece que cualquier persona moderadamente consciente de los problemas que tenemos por delante –y no hablo sólo de los más inmediatos: me refiero también, y con empeño singular, a los que, desde una perspectiva no cortoplacista, se vinculan con la corrosión terminal del sistema y con el riesgo consiguiente del colapso- sabe que es vital preservar movimientos sociales independientes y vivos. Estos últimos, con vocación decididamente contestataria, no deben enfrentarse sólo al régimen –al bipartidismo, a la corrupción, en su caso a la monarquía-, sino que están obligados a plantar cara también, y sobre todo, al sistema –al capitalismo, al trabajo asalariado, a la mercancía, a la sociedad patriarcal, a la crisis ecológica-. En este terreno la apuesta correspondiente tiene, hoy por hoy, uno de sus hitos fundamentales en la construcción de una sociedad paralela de la mano del asentamiento, la expansión y la federación de espacios autónomos autogestionados y desmercantilizados. Salta a la vista que esos espacios –ahí están, por ejemplo, y para atestiguarlo, las cooperativas integrales- plantean un horizonte bien diferente del propio de una acción institucional sometida a reglas muy estrictas y

desarrollada por fuerzas políticas que una y otra vez han sido abducidas por la lógica del sistema. No me cansaré, por lo demás, de repetirlo: cualquier espacio ganado por la autogestión es un espacio perdido por las instituciones –también por los intereses que estas últimas representan-, y, claro, viceversa.

En este contexto bueno será que formule una observación sobre algo que ha ocurrido en relación con el 15-M: qué curioso es que tantas instancias que se reclaman, en un grado u otro, del movimiento del 15 de mayo se muestren tan poco sensibles a lo que hasta hoy mismo han sido los principios y las prácticas abrazados por éste. Y es que parece obligado recordar que el grueso del 15-M ha defendido de siempre la horizontalidad, la asamblea, la acción directa y la apertura de esos espacios autónomos que acabo de mencionar, en abierta colisión con la lógica de la representación y con la del liderazgo, y de la mano de un rechazo expreso de lo que significan cúpulas separadas y flujos que discurren de arriba hacia abajo. No sólo eso: a tono con algo que ya he dicho, ha procurado alejarse de las perspectivas que son tributarias de los discursos eficacistas y cortoplacistas al uso, autoconfigurándose entonces como un movimiento de largo recorrido que se propone remover las conciencias en provecho de una transformación radical de la sociedad, y no de meras reformas en la textura del sistema político.

Es verdad –sería absurdo negarlo- que en muchos lugares el 15-M ha dejado de existir. No es menos cierto que en otros, como Madrid, mantiene viva, sin embargo, y con las carencias que queramos, la llama de la contestación. Hay quien piensa que, de resultas de la combinación de esos dos elementos, ya no tiene demasiado sentido hablar del 15-M como de un «movimiento». Aunque diésemos por válida esta conclusión, que se antoja un tanto forzada –y lo es, en particular, porque el 15-M sigue siendo impulso fundamental para un sinfín de iniciativas que formalmente desarrollan otras organizaciones-,

deberíamos completarla con la estimulante certificación de que el 15-M se ha convertido, al tiempo, en un estado de ánimo que permite que siga siendo afortunadamente molesto. Y es que, como señala con criterio mi buen amigo Carlos Jacques, es mucho más difícil reprimir un estado de ánimo que hacer otro tanto con un movimiento. Mil primaveras, en cualquier caso, para el 15-M.

Pluralismo en circuito cerrado y propaganda por el hecho

✘ No sé si el concepto de «pluralismo en circuito cerrado» disfruta de algún crédito académico. En el empleo que yo le doy remite a un sinfín de fórmulas en virtud de las cuales se genera una apariencia de pluralismo que esconde, premeditadamente, una realidad bien distinta: la del acallamiento manifiesto de aquellas opiniones que, por las razones que fueren, no interesan. Permítaseme que proponga tres ejemplos de lo que entiendo que es el pluralismo en circuito cerrado.

El primero remite a algo que ocurrió hace unos años. Recuerdo que en 2003, al calor de la agresión militar de Estados Unidos en Iraq, adquirió innegable fama el entonces secretario de Estado norteamericano, Colin Powell. Los medios de comunicación estadounidenses –y, por extensión, claro, los nuestros– retrataron en Powell, un hombre de color hecho a sí mismo, a una figura moderada y reflexiva que contrastaba con la agresividad, las ínfulas militaristas y la irracionalidad que acompañaban a Bush hijo, a Cheney o a Rumsfeld. Olvidaban

subrayar, eso sí, que Powell, el policía bueno, era responsable principal de la intervención militar en Iraq. Así las cosas, parecía como si se nos obligase a elegir entre la codicia petrolera de Bush y la aséptica tranquilidad de su subordinado Powell, en franco olvido de que ambos, en sustancia, defendían lo mismo. En el planeta no había otras opciones.

El segundo ejemplo que quiero adelantar es el que ofrecen los integrantes de esa genuina plaga contemporánea que son los tertulianos de radios y televisiones. En una primera aproximación nadie se atreverá a afirmar que en las tertulias al uso no hay confrontación: a menudo lo único que parece haber es, antes bien, una colisión franca entre figuras descorteses y vociferantes. Salta a la vista, sin embargo, la trampa, de la mano de otro circuito cerrado que invita a concluir que el universo se cierra en torno a media docena de personas que responden siempre a dos posibles condiciones: la de los representantes de los partidos de turno y la de los periodistas, con frecuencia alineados con alguno de los partidos mencionados. Pareciera como si, de nuevo, no hubiese vida lejos de partidos y medios.

Voy a por el tercer, y último, ejemplo: el que ofrecen, en los momentos en que escribo estas líneas, las disputas relativas a lo que debe hacer Podemos en relación con la previsible investidura de Susana Díaz en Andalucía. Sobre el papel hay, una vez más, dos opiniones claramente enfrentadas. La primera entiende que el nuevo partido no debe imponer condición previa alguna para propiciar esa investidura. La segunda –la de los sectores aparentemente más aguerridos e izquierdistas de Podemos– considera que al respecto hay que plantear, en cambio, tres exigencias: la dimisión, o la destitución, de dos políticos bien conocidos, la negativa de la Junta a trabajar con bancos que practican desahucios y, en fin, el designio de reducir el número de altos cargos. Cuando, de nuevo, el mundo se nos presenta dividido en dos grandes posiciones,

aparentemente irreconciliables, los aturridos espectadores deben saber, claro, a quién tienen que apoyar -a los aguerridos e izquierdistas-, y ello por mucho que la propuesta de éstos poco o nada tenga -examinense sus términos- de radical y consecuente. Pareciera como si nuestra opción quedase colmada de la mano de lo que al cabo no sería, caso de prosperar, sino una victoria pírrica encaminada a demostrar que no nos vendemos fácilmente, esto es, que planteamos algún obstáculo en la operación de compraventa.

De los tres ejemplos mencionados creo que se deriva una conclusión: nos hallamos ante un mecanismo central en las estrategias de incomunicación del sistema, encaminado a generar una apariencia de debate franco allí donde, en los hechos, no hay -como ya he sugerido- sino una voluntad expresa de acallar, con razonable eficacia, las voces que no interesan. Es muy evidente, en particular, que a los ojos de los medios del sistema el mundo libertario -otorgo a este adjetivo un sentido muy amplio- no existe. ¿Imagina alguien un debate en Tele-5 con presencia de un miembro de un grupo de afinidad, de un sindicalista libertario, de un integrante de una cooperativa integral, de un okupa o de un activista de lo que queda del 15-M? ¿Imagina alguien, no ya la presencia simultánea de todas esas personas, sino, al menos, la de alguna de ellas en 'Al rojo vivo'? La marginación consiguiente -que no sólo afecta, bien es cierto, a los libertarios- obedece a una lógica inapelable por eficaz: la que obliga a ceñir todas las discusiones a lo que ocurre con el régimen -el bipartidismo, las elecciones, la corrupción, en su caso y, de vez en cuando, la monarquía- en abierta desatención con lo que sucede con el sistema -la explotación y la alienación, el capitalismo y su corrosión terminal, el colapso que se avecina-. Sabido es que, si en algún momento los libertarios se asoman a estas disputas es en su condición de presuntos responsables de una violencia irracional e irresponsable de la que dan cuenta de manera más que suficiente -para qué discutirlos- los comunicados policiales y las sentencias

judiciales.

Durante bastantes años me ha parecido llamativo que Izquierda Unida se quejase del maltrato que recibía de los medios de comunicación del sistema. Aclararé que no discuto en modo alguno que ese maltrato existiese. Lo que me resultaba significativo era lo que, al cabo, las quejas de Izquierda Unida retrataban: una dramática incapacidad en lo que se refiere a las habilidades de la coalición para presentarse a sí misma, sin intermediarios, en ciudades y pueblos. Mala cosa cuando uno depende en demasía del enemigo a efectos de hacer valer lo que es.

Ojo que el mundo libertario no está libre del riesgo que acabo de vincular con Izquierda Unida y sus carencias. Lo peor que podríamos hacer sería, sin embargo, lamentar la marginación con que, en el mejor de los casos, nos obsequian los corifeos mediáticos del sistema. Tiene, muy al contrario, la ventaja de obligarnos a trabajar en donde siempre debemos estar: en la base de nuestras sociedades. Nuestros abuelos y bisabuelos anarquistas y anarcosindicalistas emplearon con profusión un concepto, el de propaganda por el hecho, que, acaso porque alguno de sus significados era un tanto abstruso, fue cayendo, infelizmente, en desuso. ¿Qué es lo que -entiendo yo- querían decirnos? Nos estaban recordando que bien está organizar actos, publicar revistas, editar libros y convocar manifestaciones y concentraciones, pero mucho más razonable y remunerador es, al tiempo, llevar a la práctica nuestras ideas, de la mano de la acción y de la democracia directas, en la realidad económica y social. O, lo que es lo mismo, demostrar fehacientemente que es cierto que llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones y que estamos dispuestos a sacarlo adelante en la vida común. No conozco mejor procedimiento para romper el pluralismo en circuito cerrado que nos acosa por todas partes.

Palencia contra la criminalización de los movimientos sociales



El próximo 5 de mayo se celebrará, en la capital palentina, una jornada contra la represión política de ayer y de hoy. Por una parte, el documental *“Republicanos españoles. Campos de internamiento y resistencia antifascista en el sur de Francia”* servirá para introducir el debate memorialista, que en el país vecino cuenta con lugares de reconocimiento público, como el Museo Deportación y Resistencia de Tarbes, auto-gestionado por lxs resistentes al fascismo y la ocupación, mientras que el régimen del 78 ha tratado de silenciar la represión ocurrida en el franquismo y la transición. La tierra preñada de muertos que claman por la reparación, la memoria del horror; necesaria para que no se vuelva a repetir, y también para entender de dónde vienen estos lodos. A lo largo del documental, los diferentes testimonios de las torturas, persecuciones y huidas, recuerdan lo ocurrido tras el triunfo del fascismo, cuando miles de exiliados españoles se unieron a la resistencia en el sur de Francia y fueron reclusos en campos de concentración. Algunos de sus descendientes, y bajo el escenario de las chozas inmundas en las que se hacinaban, aportan sus testimonios a una cinta muy recomendable sobre la historia que el poder quiere enterrar.

La cita continuará con una charla informativa sobre los hechos ocurridos en Palencia como consecuencia de la Operación Piñata, que se salda en la actualidad con 38 personas detenidas en diversos puntos del Estado, en su mayoría

activistas anarquistas que mantenían vinculación con el movimiento libertario. Y esta supone tan sólo una de las últimas operaciones, puesto que el movimiento libertario viene sufriendo desde hace años distintos montajes policiales, detenciones, registros e intimidaciones que tratan de desactivar formas de lucha y denuncia social como la ocupación y la auto-gestión de espacios, donde se organiza la escena alternativa y des-mercantilizada. Durante la charla, compañerxs y afectadxs por la operación represiva explicarán los motivos políticos que hay detrás.